

13

LA *abril 10/38*
el País

SEMANA
SANTA EN
TRINIDAD

Además de la liturgia u oficio de estos días, la propia Iglesia organiza con el auxilio de sus fieles, cuatro procesiones. Son éstas la del Martes, Jueves y Viernes Santos, más la del Domingo de Resurrección que pone epílogo a todo el ceremonial.

Por _____
LUIS SANCHEZ
MARTINEZ

BIEN DIJO el más ilustre de los Padres de la Iglesia San Agustín, que "la Religión unía todos los hombres"; y esto es lo que desde tiempo inmemorial ha fundido a los trinitarios en ese mismo sentimiento, ya que tan pronto el almanaque anuncia la próxima llegada de la Semana Mayor se disponen con verdadero fervor religioso a celebrar su festividad y demás cultos.

Refiriéndose el malogrado Dr. Emilio Sánchez y Sánchez a sus TRADICIONES TRINITARIAS O RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO a estas festividades de la Semana Sagrada, nos dice lo siguiente:

LA SEMANA MAYOR o Semana Santa, que la Iglesia Católica ha consagrado a la representación simbólica de la pasión y muerte de Jesús, fué siempre celebrada solemnemente por nuestros padres y abuelos, que dedicaban aquellos días al recogimiento, la meditación y la penitencia. Toda la vida social quedaba paralizada con motivo de verificarse aquellos actos religiosos y la ciudad adquiría un aspecto de sombría tristeza y un silencio profundo reinaba en ella. Nuestros progenitores eran fervorosos y sinceros creyentes.

Las procesiones religiosas que se efectuaban en la Semana Santa constituían unos actos sencillos en su grandeza propia y aún más en pasados tiempos, ésto es, cuando eran muy concurridas y tenían un carácter especial, pues en tal ocasión acudían—igual sucede hoy—a la población muchas familias campesinas, para tomar parte en esos cortejos religiosos y aprovechar estos sagrados días para visitar sus parientes y amistades, quienes las obsequiaban con AGUALOJA—bebida compuesta con agua, miel o azúcar, canela o clavo—que se repartía en estos días y cuyas relaciones eran sencillas, francas y sinceras.

En el tiempo viejo y en la citada Semana, se efectuaban varias procesiones, en las cuales se sacaban distintas imágenes, cuyo número se ha reducido después. Las Archicofradías que tenían a su cargo el cuidado de éstas, atendían con interés y solicitud a su culto y conservación y se esmeraban en vestir las con decencia y propiedad y las adornaban con exquisito gusto, invirtiendo en ellas no poco dinero."

ESTO DIJO y escribió el Dr. Sánchez en sus mencionadas TRADICIONES, refiriéndose a las procesiones de la Semana de Pasión en Trinidad en una época bastante distante de la presente, de cuyo inquieta y revoltosa.

Además de estas procesiones la Iglesia celebraba y aún celebra, la liturgia correspondiente, o sean los oficios de estos días, los cuales síguense efectuando con la misma pompa y solemnidad. Así mismo, dichas procesiones con el propio fervor religioso de antaño. Cierto es que ahora no alcanzan la importancia y popularidad que antes tuvieron ni la especialidad de que nos habla el repetido doctor y que las constituían varios tipos, más festivos que cristianos, que con su ridícula actuación y desenfrenado fanatismo, les cercenaban el prestigio y seriedad que debían tener. Nos referimos a los danzantes, diablitos, gigantes y cabezudos, los papahuevos, moctezumas y otros entes estrafalarios que en ellas tomaban parte y cuya intervención se nos figura fuera más propia de una procesión cívica o carnavalesca que católica-religiosa. Pero éste es asunto que dejamos para más adelante.

Y si como refiere el Dr. Sánchez, antiguamente acudían a la trinitaria población numerosas familias del campo para presenciar los cultos de la Semana Mayor, es visto que ahora, además de invadirla la gente rural, también lo hace otra y en gran número de los pueblos de la provincia y la misma capital, atraída por su justa fama. Tales son los peregrinos que por estos días a ella arriban.

Y es que, aún no se han marchitado los guanos benditos del Domingo de Ramos, cuando ya la población empieza a sentir los efectos psíquicos que estos días representan para ella. El recogimiento y expresión aflicta hácense allí notoriamente patéticos, cual si se estuviera en presencia de un suceso azás extraordinario. Y aun más se intensifica este estado de ánimo llegada las tres de la tarde del Jueves Santo, ya que a partir de este momento se tiene en cuenta que a esa hora expiró en la cruz inmisa o cabezada, luego de escarnecido y crucificado, el Hijo de Dios. Tal parece que en Trinidad, dado el fervor religioso allí imperante y con motivo de esa trágica hora, la tierra tiembla y el sol se oscurece al llenarse de las tinieblas que hicieron aquel día más negro que la misma noche. A las campanas del ex convento de San Francisco y demás templos, desde aquella hora, se le despoja de sus cuerdas y se les sustituye con la histórica *matraca*, especie de artefacto hueco construído con ocho tablas en forma de cruz que tiene en cada una de sus paletas un largo martillo que, al girar aquella, cae violentamente sobre cuatro planchuelas de hierro y producen un ruido seco y tan fuerte, que puede oírse a media legua de distancia. Este aparato únicamente funciona durante el Jueves y Viernes Santos. Con su repiqueteo estrepitoso, la Iglesia llama los fieles a la misa, a todos los oficios de ambas festividades y a nutrir las procesiones que salen de ella.

3

ADEMÁS de la liturgia u oficio de estos días, la propia Iglesia organiza con el auxilio de sus fieles, cuatro procesiones. Son éstas la del Martes, Jueves y Viernes Santos, mas la del Domingo de Resurrección que pone epílogo a todo el ceremonial. Clavar, producir un ruido cualquiera, lanzar una interjección atrevida, reirse o cantar, todo esto constituye allí, a juicio de los mayores, un grave pecado mortal.

Construyéndonos al orden y demás circunstancias que concurren en el movimiento de estas procesiones, expondremos: La del Martes sale de la Iglesia de Paula, situada al sur de la ciudad y frente al parque Céspedes. Marchan en ella

y por las calles de Jesús María, Santo Domingo, Gutiérrez, Boca y, finalmente, por la primera para regresar a su templo, las imágenes de la Humildad y Paciencia, cuyo nombre toma, el apóstol San Juan y la Dolorosa.

La del Jueves Santo parte desde la Iglesia Parroquial la Santísima Trinidad que radica en la parte alta de la población. Salen en la misma el milagroso Señor de la Vera-Cruz, San Juan y la virgen de los Dolores. Recorre las calles de Cristo, a la que da el pórtico de dicha parroquia, Boca, Real de Jigüe, Rosario y otra vez por Cristo para tomar la de Alameda y salir por ésta a la de Amargura en dirección al Calvario, representado allí por un solar yermo y pedregoso que en escuadra limitan esta última vía y la de San Antonio. Del Calvario retorna por la de Real para regresar a su templo. A éste llega ya de noche y en seguida se disuelve. Esta procesión simula el recorrido del Nazareno con la cruz a cuesta desde la torre Antonia hasta el monte Calvario, cuyo camino viene a ser el del Vía Crucis que aquél recorriera entre sus verdugos y al cual también se le llama Camino de la Cruz. Vía Dolorosa y calle de la Amargura.

AL SIGUIENTE día sale de la propia parroquia, la del Santo Entierro o Viernes Santo, que hace el mismo recorrido que la del Jueves, pero en dirección opuesta. Suntuosamente adornadas destácanse en este cortejo, que de todos es el mejor por lo solemne y complementado, las imágenes del Santo Sepulcro, el apóstol San Juan, que en estos actos abandona a su Madre y la virgen de la Soledad, cuyo tallado y divino cromo rivaliza en belleza con el de Santa Teresa de Jesús. Pero, de todas estas imágenes, ninguna resulta tan imponente e impresionadora como la del Santo Sepulcro: es una carroza ricamente adornada en que el Señor, rodeado por angelitos del cielo y flores de la tierra, aparece exámine, con su faz sagrada lívida y salpicada por su propia sangre, la cabellera lacia y suelta y su cuerpo abroquelado por una finísima sobrecama de punto guarnecida por dorados festones e hilos de seda, todo ésto primorosamente bordado por las santas mujeres que le cuidan, adoran y veneran. Tanto en la procesión del Martes Santo como en la del Viernes, dos caballeros católicos portan y manipulan un alto báculo llamado Centurión, con el cual, a medida que estos cortejos adelantan, van marcando el paso de modo espectacular y clavando su acerado regatón entre piedra y piedra, cuyo nombre rememora al oficial (Centurión Longinos) que dió fe de la crucifixión y muerte del Nazareno clavado en la Cruz. También cantan el miserere en ambas procesiones seleccionadas señoritas acompañadas por flautas y violines. Y en las del Viernes, destácase cual otro número extraordinario e interesante, un grupo—doce—de niños trajeados de blanco y conectados de cuatro en fondo por bandas del mismo color, quienes marchan portando en sus adolescentes manos, los pasos del Señor, a sean las piezas de convicción—clavos, martillos, lanza, esponja, etc., etc.—del horrendo crimen del Gólgota, de "AQUEL que no quiebra la caña cascada ni apaga la torcida que humea."

CUANDO esta procesión del Santo Entierro toca a las puertas del simulado monte Calvario, título que nos recuerda el montecillo donde fuera crucificado el Salvador, escarnecido y muerto, el cortejo hace alto allí para que el Clero que lo dirige, cumpla uno de los números de la liturgia de este sagrado día, quizás el oficio de las tinieblas. Y mientras tal acto se realiza, otro grupo de señoritas canta el compasivo *miserere* con igual acompañamiento como el ya indicado. Terminado este oficio, el cortejo reanuda su marcha por la calle de la Amargura y se dirige a su parroquial en dirección contraria a la del Jueves, como ya se ha expresado, y entra en ella bajo el luminar de los

cirios y velas que la han alumbrado en todo el recorrido y nimbada por la humareda de los innecesarios en vnaiven.

Finalmente, efectúase la del Domingo de Resurrección en la mañana de este día. Igualmente que las dos anteriores, sale de la parroquial, recorriendo las calles de Cristo, Real y Desengaño por la que sube para penetrar en aquélla. Su recorrido es sumamente corto: una manzana. En esta posterior procesión salen el Señor resucitado, de pie y sobre una graciosa y adornada carroza sin columnas, alegrito y satisfecho de su obra redentora, otra vez el apóstol San Juan, la virgen de la Soledad, y, bajo palio, el Santísimo Sacramento, cuya radiante custodia al ser expuesta libremente por un ministro de Dios y brillar cual refulgente sol, parece decir a la grey católica, que por ahora todo ha terminado y debe volver a su vida normal.

Descriptos tales como son en Trinidad, poco más o menos, los cultos y oficios de la Semana Santa, dejemos ahora en el uso de la palabra al mencionado Dr. Sánchez, para que nos informe cómo eran en el tiempo que él llamó viejo.

EL SEQUITO—habla aquél—de estas procesiones estaba constituido por diferentes elementos que daban al espectáculo un carácter pintoresco y curioso, a pesar de su solemnidad. El pueblo formaba en filas en ambos flancos de las calles a recorrer. Detrás de las imágenes iban numerosos devotos formando grupos. Abrían la marcha en aquellos pasados tiempos, las comparsas de los *danzantes* que ejecutaban distintos bailes y figuras. Confundidos con el gentío que a ellas concurría, aparecían asimismo las monstruosas *tarascas*, la *tarasquilla*, los *gigantes*, los *diablitos*, los *papahuevos*, los *moctezumas*, mas dos grupos de *niños* caprichosamente vestidos, representando, uno a los reyes moros, y otro, a los *cristianos*. Tales costumbres perduraron hasta los comienzos del siglo XIX. En aquellas remotas épocas precedían a las imágenes los *mascarones*, quienes imitaban cabezas de horribles monstruos y de personas imaginarias, práctica que parece fué remedada de pueblos españoles. Efectivamente—agregamos nosotros—aún se recuerda que en algunas viejas ciudades de España salían en las procesiones de Corpus, por ejemplo, el *tarascon*, que estaba representado por una sierpe a dragón asentado sobre una tarima portátil, los *papahuevos*, que simulaban enanos de grandes cabezas y acompañaban en las fiestas pública a los *gigantes*, que venían a ser unas figuras de estatura descomunal, cuyos tipos especiales son esos mismos a que se ha remitido el Dr. Sánchez, más propios, como ya hemos consignado, de procesiones cívicas o carnavalescas. Y continúa el Dr. Sánchez: "Entre los integrantes de estas procesiones religiosas, figuraban también los *sayones*—alguaciles o ministros de justicia en la Edad Media—los cuales tenían por misión la de cargar las imágenes, guardar el orden y espantar con un látigo los perros que ambulasen por la trayectoria del cortejo. Estaban organizados por *Escuadras* y bajo la autoridad de un *Cabo*. Sus nombramientos eran potestativos de la Iglesia y se trasmitían de padres a hijos cual sagrada herencia, y vinculados en ciertas y distinguidas familias que tenían a mucha honra el ostentar este privilegio. Vestían los *sayones*—aún subsisten—un hábito verde a manera de túnica sacerdotal. Cubrían sus cabezas con un puniagudo capuchón que les llegaba hasta la barba y que ofrecía a la altura de los arcos superciliares, un par de aberturas para dar paso a la visión."



la rodilla, medias hasta éstas y zapatos de corte bajo, adornados con hebillas metálicas que en los Oficiales parecían ser de plata."

"Estas procesiones del tiempo viejo salían de la iglesia parroquial—derribada en 1814—primero y después del convento de San Francisco—hoy Centro Escolar—a horas tempranas y recorrían una gran parte de la ciudad. Según la tradición, cuando llegaban al llamado monte Calvario, que es un solar yermo al final de la calle de la Amargura, se verificaba una importante ceremonia."

"En aquella época, ya borrosa e indistinta, en que el sentimiento religioso se manifestaba bajo aspectos y formas exagerados, seguían igualmente a las imágenes los penitentes. Eran éstos personas supersticiosas y fanáticas que hacían una penitencia con objeto de cumplir una promesa, purgar algún pecado o para ahuyentar al Diablo, que, según sus creencias, se les metía a la gente dentro del cuerpo. Estos penitentes llevaban la cabeza cubierta con un capuchón que les ocultaba el rostro, las espaldas desnudas y los pies descalzos. Por todo el trayecto iban orando sin cesar en voz baja y al mismo tiempo se flagelaban sus carnes hasta hacerlas sangrar, utilizando para ello una disciplina. Realmente, aquéllo resultaba un espectáculo cruel y repugnante. Pero cuando esta impresionante pantomima tomaba gradación más álgida, era al llegar la procesión frente a ciertas casas que tenían cruces de madera empotradas a sus paredes. Entonces el penitente se arrodillaba ante aquella cruz con los brazos abiertos, la cabeza baja y rezando y se aplicaba una serie de azotes con el fin de castigar su pecadora carne. Otras veces se echaba a tierra, besaba la cruz reiteradamente y a tono con suspiros y sollozos. No fueron pocas las ocasiones en que se les viera caer presas de epilépticas convulsiones, las cuales producían a la vista de la muchedumbre, cristiana compasión y expectación general. Otras veces se hacían conducir en andas por sus propios compañeros o hermanos penitenciaríos, cual si pretendieran confundirse con las mismas imágenes que marchaban en hombros de los devotos."

AUNQUE los casos de flagelación precedentemente comentados por el Dr. Sánchez ningún nexo guardan con los antiguos de los judíos y romanos, parecemos oportuno recordar que, según los describiera el más elocuente de los historiadores, Marco Tulio Cicerón, consistían "en castigos corporales que por medio de numerosos azotes se aplicaban a los reos de graves omisiones, utilizando para estos fines riendas y correas de cuero, ramales de de cuerdas, cueros o hierros con redcitas de metal o pinchos de acero o bolas de plomo en los extremos, sarras de tabas de carnero o de otros huesecitos y nudos, los cuales, como solían decir los que describieron estos tormentos, cortaban, rajaban, desgarraban, abrían el cuerpo y las carnes del azulado." Al mismo Nazareno los fariseos, excediéndose de los que la ley judía señalaba—de cuarenta a sesenta—, le aplicaron tantos que todo su debilitado cuerpo quedó cubierto con su generosa sangre, desgarrado y hecho girones.

Y terminamos esta información transcribiendo seguidamente la hermosa leyenda del Santo Cristo de la Vera-Cruz, tan amado y venerado del pueblo trinitario, redactada por el tantas veces repetido Dr. Emilio Sánchez,

"REFIERE la tradición, que por el año de 1833—debió ser mucho antes—arribó al puerto de Casilda una goleta española buscando refugio por haberla sorprendido en el mar libre una de esas furiosas tormentas o huracanes de los trópicos, sin que sepamos su procedencia. Después de tres meses pasados en el citado puerto reparando sus averías, se hizo a la mar; pero antes de dos días



y cuando aún no estaba muy distante de nuestras costas, fué sorprendida por otro espantoso meteoro. El valiente y hábil capitán del barco, hizo supremos esfuerzos por ampararse a Casilda, huyendo de los riesgos de nuestras bajas y rocosas costas—tumba de innúmeros navíos en los remotos tiempos de la conquista—mas fueron vanos los esfuerzos de aquel bravo marino, que quedó entregado a las manos del Destino. Y al tomar la resolución de "correr el tiempo", dispuso arrojar al embravecido mar la carga que venía sobre cubierta, que de todos modos estaba expuesta a perderse y que constituía un peligro. En el vaivén de las olas encrespadas fueron llevadas a las playas casildeñas y al mismo puerto, cajas, barricas, maderas, etc., etc., por lo que las autoridades marítimas ordenaron recoger aquellos objetos o bultos para depositarlos y ser entregados a sus legítimos dueños cuando los reclamasen."

"Pero transcurrieron meses y más meses sin que nadie formulara reclamación alguna, por lo que aquellas autoridades resolvieron venderlos en pública subasta. Entre otras, fué abierta una caja, cuyo rótulo, deteriorado por el agua salada, decía: V. CRUZ, y no sin sorpresa se vió que contenía una magnífica escultura de un Cristo Crucificado, casi de tamaño natural. Por lo que del rótulo quedaba se dedujo, que aquella imagen, cuya procedencia se ignoraba, iba destinada a Veracruz, la bella ciudad del Golfo. Por esta sola razón prevaleció el nombre del Cristo de la Vera Cruz, con el cual se le conoce. Efectuada la subasta, fué adquirida la imagen, mediante la cantidad de \$270, que parecía exigua, por D. Pablo Vélez, miembro de una antigua y distinguida familia trinitaria, quien hizo donación a la Iglesia de aquella hermosa escultura y que por tan singulares circunstancias vino al seno de este pueblo. Desde entonces se organizó la Cofradía del Carmen, que con celo atiende la conservación y adorno de esta imagen, a su culto y veneración.

"El pueblo trinitario que tiene tan arraigado el sentimiento religioso, se impresionó vivamente por las extrañas circunstancias que nos hicieron poseedores de la notable escultura y en el espíritu público se afirmó la creencia supersticiosa de que "el Señor no quería irse de Trinidad", y parece natural que los trinitarios tengan orgullo de esa predilección del Señor de la Vera-Cruz, manifestada de manera extraordinaria."

TRES GENERACIONES de trinitarios han seguido al Cristo orando fervorosamente a su paso, implorándolo su favor, su piedad o su perdón! Durante un siglo ha ido tras ese Cristo nuestro pueblo con fe infinita, alto el corazón y el alma llena de esperanzas. Y ese profundo amor y esa ardiente devoción por el Cristo de Vera-Cruz, se ha transmitido como sagrado depósito de padres a hijos, en alas de la tradición. A sus plantas se han prosternado los creyentes a millares, con los ojos arrasados en lágrimas, el corazón angustiado en supremos momentos de tribulación y de crueles conflictos de la conciencia! ¡La fe es milagrosa! Por eso, ¿cómo dudar de que se sintiese el pecador redimido, el triste consolado, el humilde exaltado y el débil fortalecido...? Y esa fe explica también cómo en ocasiones en que nuestro pueblo se vió afligido por terribles calamidades, epidemias, sequías, etc., etc., los trinitarios acudieron al Señor de la Vera-Cruz demandando su infinita bondad y segura protección.

"Guardemos con amor y respeto estas bellas tradiciones que forman la parte más hermosa e interesante de la vida de los pueblos, pues que sólo son grandes y fuertes los que conservan sus tradiciones y no olvidan el pasado."
 La Habana, abril 10 de 1938.

